

once; ordenándole que lo presentara el veintisiete de Abril de mil ochocientos doce. Alejandro exigía: la evacuación de la Pomerania sueca, que las tropas francesas habían vuelto á ocupar en Febrero anterior, y el arreglo de todas las diferencias pendientes con Suecia; la evacuación del territorio prusiano, la reducción de la guarnición de Dantzig, y, por último, la autorización de comerciar con los neutrales. «Una vez atendidas estas reclamaciones podrá negociarse, añadía el Emperador de Rusia, acerca de la indemnización que haya de concederse al duque de Oldemburgo y á la modificación de las tarifas rusas aplicadas á las mercaderías francesas». Tan pocas esperanzas tenía Alejandro de que su *ultimatum* se aceptara, que el veintidos de Abril, esto es, cinco días antes de su presentación, trasladóse al cuartel general de su ejército. El cinco del mismo mes había firmado un tratado de alianza con Suecia, cuyo ministro de Negocios Extranjeros dijo al representante de Rusia, al enterarse de la nueva ocupación de la Pomerania por los franceses: «Ahora estamos ya desligados de todos nuestros compromisos para con Francia». Napoleón, á fin de atraerse el apoyo de Suecia, á pesar de su reciente agravio, le ofrecía poco después Finlandia y parte de Noruega; pero ya era tarde. La base de la alianza entre Suecia y Rusia consistía en renunciar formalmente la primera á la reivindicación de Finlandia y de las islas de Aland, á cambio de la obligación contraída por la segunda de ayudarla á conquistar el reino de Noruega. Inglaterra se adhirió al tratado ruso sueco, el tres de Mayo siguiente, y el diez y ocho de Julio debía firmar otro de alianza y subsidios con el gobierno de San Petersburgo. En fin, este último iba á apresurarse á ajustar con Turquía la paz de Bukharest, para poder disponer del ejército del Danubio contra su terrible enemigo.

Napoleón á su vez había celebrado tratados de alianza con Prusia y Austria, el veinticuatro de Febrero y el diez y seis de Marzo, respectivamente. Redujo la cifra de cien mil hombres con que Prusia le brindaba á la de veinte mil, concediéndole por vía de compensación, la rebaja de unos veinte millones en su deuda. Federico Guillermo dió el mando de este cuerpo de ejército á Yort de Wartemburgo, que debía estar á las órdenes superiores del mariscal Macdonald. Austria se obligaba á proporcionar á Napoleón un contingente de treinta mil hombres, del cual nombró general en jefe al príncipe de Schwartzemberg. Cuán repugnantes eran á Prusia y Austria estas alianzas impuestas á su debilidad, se patentiza con sólo decir que aquella enviaba á San Petersburgo á Kneseleck, encargado de reiterar á Alejandro su amistad, al mismo tiempo que cumplía lo prometido á Napoleón y que Austria se disculpaba con el Czar asegurándole que se doblegaba á la fuerza de las circunstancias y que su concurso contra él sería nulo si, por su parte, no la inquietaba.

El nueve de Marzo, Napoleón, acompañado de María Luisa, partió de París con dirección á Dresde, á donde llegó el día diez y siete. Renovóse entonces el espectáculo de

Erfurt, yendo á inclinarse ante el tirano de Europa todas las testas coronadas de Alemania, incluso el Emperador y la Emperatriz de Austria, que quisieron abrazar á su hija y defender sus intereses, así como también el rey de Prusia. Era la última vez que el engreído conquistador debía disfrutar de tales honores.

La magna empresa de invadir á Rusia no absorbía por completo la atención del Emperador de los franceses, el cual, estando en Dresde, mandó conducir secretamente desde Savona á Fontainebleau al papa Pío VII. Napoleón, para zanjar las dificultades religiosas que le salieran al paso, ó, hablando más propiamente, que su ambición le suscitara, había reunido un Concilio nacional en París, que inauguró sus tareas el diez y siete de Junio de mil ochocientos once. Pensaba que los prelados se plegarían dócilmente á su voluntad; pronto, empero, hubo de desengañarse. El obispo de Troyes, no obstante sus opiniones galicanas, pronunció un discurso tan favorable á la autoridad del Pontífice, que el ministro de Cultos no consintió que se imprimiera. Otros pidieron que se rogara al Emperador devolviese su libertad al Papa. Los obispos no instituidos canónicamente fueron privados del derecho de tomar parte en las deliberaciones. Incomodado Napoleón, hizo saber al Concilio que debía limitarse á examinar las medidas que habría de suplir la falta de las bulas pontificias, confirmando á los obispos. El Concilio designó una comisión compuesta de once miembros, á fin de que emitiera dictamen acerca del asunto, acordando aquella, por gran mayoría, que el Concilio era incompetente para dispensar la falta de las bulas, ni aun provisionalmente y en caso de urgencia. Irritóse aun más Napoleón, y como antes de abrirse el Concilio había recabado de Pío VII que se agregase al Concordato una cláusula por la que el Papa se obligaba á confirmar á los obispos dentro de cierto plazo, pasado el cual la institución podría ser conferida por el metropolitano ó el obispo más antiguo de la provincia, hizo presentar á la comisión de los once un proyecto de decreto, conforme, decía, con la cláusula expresada. La comisión lo aceptó; pero, al discutirse en el Concilio, el obispo de Tournai preguntó porqué, si era cierto que el Papa había prestado su formal consentimiento, se solicitaba del Concilio una ratificación inútil. El arzobispo de Burdeos insistió en el mismo punto de vista, recordando, además, la excomunión fulminada por Pío VII. El cardenal Fesch, que presidía, apresuróse á levantar la sesión. Aquella noche ordenó Napoleón la clausura del Concilio y mandó encerrar en la fortaleza de Vincennes á los obispos de Troyes, Tournai y Ganti, dejando á los demás padres durante algunos días bajo la impresión del terror que tal medida les produjo. Después cambió de táctica. El ministro de Cultos fué llamando uno á uno á los obispos, y les pidió que firmasen una hoja donde se manifestaban conformes con el proyecto de decreto: halagos, promesas, amenazas, todo se utilizó. De esta manera se pudieron reunir ochenta y ocho votos favorables al proyecto, si bien en algunas hojas se leían las palabras: «Si el Papa consiente»: catorce prelados rehusaron firmar. El cinco de Agosto vol-

vió á abrirse el Concilio, y el Emperador, para evitar nueva oposición, prometió que el decreto, después de aprobado por los padres, se sometería á la ratificación del Papa, merced á lo cual se aceptó sin más debate. Faltaba obtener la sanción pontificia: seis obispos fueron á Savona para impetrarla, y Pío VII, enfermo, afligido, desalentado, concluyó por ceder, ratificando el decreto, aunque hizo algunas reservas enderezadas á poner á cubierto de ulteriores intrusiones la autoridad que le quedaba. Napoleón, sin embargo, no admitió el Breve, causando su negativa general sorpresa; le parecía poco lo conseguido; pero, considerándose impotente, fingió estar cansado de «aquella disputa de sacerdotes», y disolvió definitivamente el Concilio el veinte de Octubre de mil ochocientos once, descargando en seguida el peso de su enojo sobre los obispos franceses y los sacerdotes de San Sulpicio. Incapaz, con todo, de renunciar á ninguna de sus ideas, siguió pensando en la manera de obligar á Pío VII á entregárselo incondicionalmente; en lo sucesivo, no guardó miramiento alguno al infortunado anciano, y al disponer ahora su traslación á Fontainebleau, se proponía tenerlo más cerca de sí á su regreso, con objeto de intentar sujetarlo á sus deseos, extremando sus medios de intimidación.

En los últimos días de su estancia en Paris, había transmitido también á su hermano José órdenes importantes; pues la situación de la Península no cesaba de ser para él perenne fuente de inquietud y desasosiego. Con motivo, debemos narrar, siquier sea á grandes rasgos, la marcha de los sucesos en nuestra patria, mientras fuera de ella ocurrían los acontecimientos referidos en las páginas anteriores.

Después de la rota de Almonacid, pareció que iba á mejorar la suerte de las armas españolas cuando don José María Santocildes rechazó, el ocho de Octubre de mil ochocientos nueve, en Astorga, con pocos soldados bisoños y mal armados, las huestes del general Carrier, causándole pérdidas considerables, y el diez y ocho del mismo mes venció el duque del Parque, en Tamames, al general Larchand; pero la fortuna nos tornó otra vez las espaldas el diez y nueve de Noviembre en Ocaña, donde el general Areizaga, que tenía á sus órdenes el ejército de la Mancha y casi todo el de Extremadura, fuertes de más de cincuenta mil hombres, fué desbaratado por José, Sebastiani; Mortier y Dessolles, que acaudillaban casi igual número de combatientes. [En esta batalla tuvimos de cuatro á cinco mil bajas entre muertos y heridos, y dejamos en poder de los contrarios sobre trece mil prisioneros, cuarenta piezas de artillería, carros, víveres y municiones. Los franceses apenas perdieron dos mil hombres. José, envanecido con la victoria, entró pomposamente en Madrid á la manera de los triunfadores romanos, seguido de los míseros prisioneros. Pocos días después, el veintitrés del mes citado, el duque del Parque sostuvo una acción contra diez ó doce mil franceses en Medina del Campo, quedando por él el campo de batalla; mas el desastre de Ocaña le obligó á replegarse á Alba de Tormes, á donde llegó el veintiocho, acosado por la vanguardia enemiga. Esparcidos andaban sus soldados por la

población en busca de raciones, cuando Kellermann les acometió, repitiéndose en aquellos lugares las escenas de confusión y desorden que se produjeran en Ocaña. Quince cañones, seis banderas y unos tres mil hombres, muertos, heridos ó prisioneros, nos costó esta acción. Los ingleses, simples espectadores de tantas desdichas, abandonaron las orillas del Guadiana para trasladarse al norte del Tajo. La caída de Gerona, verificada á primeros de Diciembre, vino á aumentar la amargura y tristeza de los españoles. Seis meses hacía que duraba el cerco de la heroica ciudad, cuando los catalanes, por acuerdo tomado en una especie de congreso reunido en Manresa el veintiséis de Noviembre, se aprestaban á ir en auxilio de los sitiados; mas Augereau, que á la sazón dirigía las operaciones del sitio, temeroso de ver acudir en armas á todos los hombres útiles de Cataluña, arreció sus embestidas, y á los seis días se encontraba Gerona sin verdadera defensa. Alvarez, agotadas sus fuerzas, estaba postrado en la cama con una fiebre nerviosa, que le puso á las puertas del sepulcro, y su sucesor, don Julián Bolívar, congregó á la junta correjimental y á otra militar, participándoles que, según aviso del congreso de Manresa, su socorro no llegaría con la necesaria prontitud. En su consecuencia, se entró en tratos con el enemigo, y el diez de Diciembre firmóse una capitulación honrosa, digna de los defensores de la plaza. A la mañana siguiente, penetraron los franceses en la ciudad, entre ruinas y cadáveres. Las baterías contrarias habían lanzado sobre Gerona sesenta mil balas y veinte mil bombas y granadas, pereciendo dentro de la población, durante el sitio, de nueve á diez mil personas, entre ellas, cuatro mil moradores. Las pérdidas de los franceses pasaron de veinte mil. Los vencedores no cumplieron los pactos convenidos: deportaron á Francia la guarnición y los clérigos regulares, y hay motivos para creer que dieron muerte inhumana al indomable Alvarez en el castillo de San Fernando, donde le encerraron.

En el entretanto, la Junta Central, debilitada por divisiones intestinas, blanco de las censuras de la opinión pública, que la achacaba el malogramiento de la campaña, y deseosa de sofocar las rencillas y discordias que se observaban entre los jefes militares y en las juntas de provincia, acordó concentrar el poder y hacerlo más expedito, nombrando al efecto una comisión ejecutiva, compuesta de cinco personas y encargada del despacho de todo lo tocante al gobierno, reservándose ella los asuntos que requiriesen plena deliberación. Además el cuatro de Noviembre publicó un decreto convocando Cortes para el primero de Enero, á fin de que inauguraran sus sesiones el primero de Marzo.

Al comenzar el año de mil ochocientos diez, amagaban á España nuevos contratiempos. Más de cien mil soldados había mandado Napoleón á la Península como refuerzo desde la paz de Viena, anunciando al par su propósito de venir otra vez á nuestra tierra para ahuyentar al leopardo inglés. Empero, comprendiendo, sin duda, que no era posible concluir la guerra de España ganando una ni dos batallas, y distraído por la cuestión de